

vano, aparte de su millonario premio (el Planeta), patrocina el que me ocupa, además del Aguila.

Este año, la cena y deliberaciones se celebraron en el Casino de la Exposición. Llega el momento —después de haber existido un «lapis» en que se confundió el Jurado y ofrece la quinta votación antes que la cuarta— en que quedan tan sólo dos novelas en juego: «El precursor», de Mateo Machetti (seudónimo), y «Todavía», de Rodrigo Royo.

Poco antes, y mientras aún se ingería desganadamente la desanglada cena, habíase procedido a la confección de la quiniela, porque también dentro del «show», juego tan popular no podía estar ausente. A rellenarla, con más despistes que aciertos, inclinaronse con disciplina los asistentes, si bien ya se corría la voz de que «Todavía» y «El precursor» eran dos obras que iban a dar juego en la final.

En la sexta y última votación, «El precursor», dos votos; «Todavía», tres votos. Y cosa curiosa para algunos, aunque menos extraña para otros, Rodrigo Royo, que unos días antes encontrábase en México, aparece escoltado por periodistas y locutores y cámaras, que quieren recoger sus declaraciones y figura para la posteridad.

Como ya el Jurado ha salido de su confinamiento, me acerco a dos de sus integrantes, Manolo Barrios y José María Requena, para hacerles dos preguntas tan sólo:

—¿Qué opináis de la novela ganadora?

Barrios.—Bien escrita, ya que Rodrigo Royo escribe bien, pero creo que desfasada y con resentimiento, más aún en una hora como la actual, en la que al menos se habla de reconciliaciones.

Requena.—Es una novela de corte histórico, referida a la España de los últimos años. Me parece más relato que novela, según la concepción que yo tengo del género. Resalta circunstancias de tipo político

que corresponden a la época en que se desarrolla.

—¿Quién creéis que debió ganar el premio?

Barrios.—Vaz de Soto. Requena.—Yo he votado a Vaz de Soto.

El gesto de los dos está contrariado, se observa sin mucho psicologismo encima, y a pesar de que ya cuento con la versión de los dos hombres que han dado sus votos en la ronda final a José María Vaz de Soto (que se escudaba tras el seudónimo de Mateo Machetti), quiero indagar la impresión de Manuel Ferrand, también integrante del Jurado y Premio Planeta hace unos años:

—La novela ganadora no me gusta... tanto como la segunda.

—De todas todas, el Premio debió ganarlo «El precursor», que aunque venía con seudónimo, todos sabíamos que es de José María Vaz de Soto, un escritor como una casa de grande.

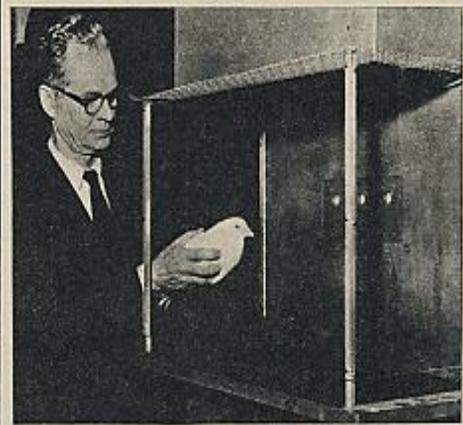
Entonces, y a la vista de que esta declaración podía echar por tierra la lógica matemática —el Jurado estaba compuesto por cinco miembros, los dos restantes, don Joaquín Carlos López Lozano, director de «ABC» de Sevilla y presidente del Ateneo, y don José Manuel Lara Hernández—, pregunto nuevamente a Ferrand:

—Entonces, ¿quién le ha dado el premio a Rodrigo Royo?

—Fuenteovejuna, Fernando, Fuenteovejuna. ■ FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

Skinner y las ciencias de la conducta

De alguna forma, el estudio del hombre desde el punto de vista de su conducta ha ido a fijarse en nuestros tiempos en Skinner, por una capacidad de éste de hacer atractiva una escuela de pensamiento y por el riesgo que ven muchos de sus críticos en que suponga la forma científica de una sociedad nueva no muy alejada de lo que habrían sido las «intuiciones» del nazismo (TRIUNFO,



número 512). Burrhus Frederic Skinner sostiene que occidente está amenazado por su noción de la libertad, «fetiché que lleva a occidente a su perdición». ¿La autonomía del hombre es un mito «nacido, como la creencia en Dios, de una incapacidad de comprender el mundo»? Skinner ha levantado una ola de críticas. La cabecera de esta serie de antikinnetistas corresponde a Noam Chomsky, y uno de sus más famosos alegatos es «The case against B. F. Skinner», publicado en forma de largo artículo, que ahora aparece como cuaderno en castellano (1). Es un análisis minucioso y lúcido de una de las más famosas obras de Skinner. «Más allá de la libertad y de la dignidad», cuya principal conclusión es la de que estas tesis no son más que un vacío, un disfraz de la nada: su ciencia no sería más que una utilización de terminología y su lenguaje es una forma de «enredar» los temas que trata. O que finge tratar.

Vuelven a aparecer Skinner y Chomsky en otro libro recién publicado y de más largo alcance: «La explicación en las ciencias de la conducta» (2). Es una

(1) Noam Chomsky, «Proceso contra Skinner», traducción de Nuria Pérez de Lara. Cuadernos Anagrama, serie psicología, dirigida por Ramón García. Editorial Anagrama, Barcelona, 1974.

(2) «La explicación en las ciencias de la conducta», por varios autores, selección de R. Borger y F. Cioffi, versión española de J. Daniel Quesada. Colección Alianza Universidad, de Alianza Editorial, Madrid 1974.

obra colectiva de autores de los Estados Unidos, principalmente profesores de filosofía, no siempre coincidentes entre sí y muchas veces presentadas en forma de exposición, réplica y contrarréplica. El problema esencial que se plantean los autores es epistemológico.

Parece como si las ciencias de explicación del hombre y de sus motivaciones hubiesen progresado con más lentitud que cualquier otra de las disciplinas científicas; más aún, parece como si hubiesen retrocedido en muchas ocasiones. El concepto y el experimento se embarullan mutua y frecuentemente; la objetividad parece inevitablemente perdida, y resulta lógico desde el momento en que el objeto de estudio es el sujeto y no se ha logrado seriamente la distanciamiento necesaria. Es curioso que el antropocentrismo de que se acusa generalmente a los estudiosos del reino animal llegue a ser más pernicioso aún cuando se aplica al hombre en sí, y sobre todo cuando resulta de este juego de espejos maléficos: un antropocentrismo que ensucia el estudio del comportamiento animal se refleja luego en el estudio del comportamiento humano desde el punto de vista animal... Tal es el caso, por ejemplo, de un Konrad Lorentz, tan popularizado, sobre todo, después de la concesión del Premio Nobel.

Este libro tiene una misión de limpieza, de esclarecimiento. Su lenguaje no siempre es fácil: está escrito para iniciados. ■ P. B.

MUSICA

Una utopía hecha realidad: «Esto es música»

Los más diversos comentaristas habían teorizado alguna vez sobre la necesidad de hacer en radio un espacio de música clásica susceptible de interesar a amplios grupos de oyentes, capaz de atraer hacia unas determinadas formas de expresión a aquellos que precisamente se mantenían alejados de ellas. Era la típica «excelente idea» que no lograba sobrepasar el nivel del artículo o la conferencia en que venía expuesta. En cierto modo, se la consideraba irrealizable, casi utópica, parecía que esa «música clásica» no podría salir jamás de los confines del programa-concierto, ya fuera radiado en directo, ya a través de grabaciones en disco o cinta magnetofónica. Se consentía, entonces, con una estratificación cultural, al aceptar, aunque forzosamente en los mejores casos, que el público auditor de esos programas estaría sólo formado por los melómanos ya convencidos. El problema radicaba en hallar la fórmula innovadora que ayudase a cambiar un «statu quo» merced al cual, y debido sobre todo a causas de tipo educacional y de acceso a una información y formación culturales, autores, movimientos y obras musicales de esencial importancia en el desarrollo de un medio de expresión —y, por tanto, de todo un pensamiento y todo un humanismo— permanecen ignorados por zonas mayoritarias de nuestra población. Dentro del terreno radiofónico, que sigue siendo fundamental a la hora de hablar de «cultura de masas», José María Quero y Eduar-

do Sotillos parecen haber encontrado la «piedra filosofal» o, cuando menos, la primera de las «piedras» posibles. Su manera de romper con la utopía, con la «excelente pero irrealizable idea», responde al título de «Esto es música» y se emite todos los domingos tras el «Diario Hablado» en el Primer Canal de Radio Nacional de España.

Ahora que ellos la han puesto en práctica, la fórmula utilizada se nos revela como eminentemente simple, en un nuevo ejemplo de la historia del «huevo de Colón» que oíamos cuando niños. Consiste nada más y nada menos, que en adaptar la estructura habitual de los programas de música «pop» a otro que tenga por objeto la música clásica. De esta forma y a lo largo de cuarenta y cinco minutos se van sucediendo las diversas secciones a las que está acostumbrado el oyente de los espacios «pop». Desde «El disco de la semana», seleccionado entre las novedades, hasta el «Hit Parade», pasando por un concurso en el que se regalan LPs, «Esto es música» responde con fidelidad a una ordenación externa conocida que, en su bloque central, posee carácter monográfico (Beethoven, Wagner, los compositores románticos, han ocupado, entre otros, este sector del programa en los cuatro meses largos que lleva emitiéndose). Incluso el presentador, Eduardo Sotillos, adopta un aire similar al de los «disc-jockeys», rehuendo todo formalismo grandilocuente o el empleo de un lenguaje para iniciados, a base de unos comentarios, con frecuencia humorísticos, que buscan alusiones a la actualidad o referencias y paralelismos con otros medios expresivos —el cine, por ejemplo— de una mayor audiencia. Todo el espacio adquiere así una muy notable viveza, un ritmo atractivo, que contribuyen a despojar a la música clásica de toda su hojarasca culturalista. Aun elaborado cuidadosamente a lo largo de